

que me has amado ántes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste : yo les hice conocer tu nombre, y se le haré conocer, para que el amor con que me has amado, esté en ellos y yo en ellos. Concluida esta piadosa oracion que Jesucristo hizo á su eterno Padre por la glorificacion de entrambos, por sus Apóstoles, y por todos los que habian de creer en la palabra del Señor, dijo : Levantaos, y vamos de aquí.

## CAPITULO SEGUNDO.

## PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO.

Nuestro Salvador con los once Apóstoles salió ya de noche de la sala donde habian cenado, y atravesando el arroyo Cedron subió al monte de los Olivos como acostumbraba todas las noches. Llegado á la granja de Getsemaní dijo á sus discípulos : Sentaos aquí miéntras que yo voy al huerto á hacer oracion; y entónces se retiró llevando consigo á Pedro, Santiago y Juan, á los que les dijo : Mi alma está poseida de una tristeza mortal, esperad aquí y velad. Jesus se retiró una corta distancia, se puso de rodillas, se prostó sobre el rostro, y oró diciendo : Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. El Salvador se levantó, vino adonde habia dejado los tres discípulos, y hallándolos durmiendo les dijo : ¿Qué, no habeis podido ve-

lar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion; el espíritu á la verdad está pronto, mas la carne flaquea. Jesus se retiró segunda vez, y oró diciendo : Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que le beba, hágase tu voluntad. Luego volvió otra vez á los discípulos y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño por la tristeza que padecian; los exhortó como ántes á la vigilia y oracion, y por tercera vez se retiró á orar al eterno Padre repitiendo las mismas palabras. En lo mas violento de la agonía que atormentaba á su alma, se le apareció un Angel del Señor para confortarle. El Salvador entretanto oraba con mas fervor y afecto, siendo tan cruel su afliccion que corria por su sacrosanto cuerpo un sudor copioso, como de gotas de sangre, que caia hasta la tierra. Jesus se levantó confortado de su agonía, vino adonde estaban Pedro, Santiago y Juan, y les dijo : Dormid y descansad; ya ha llegado la hora en que veais al Hijo del hombre entregado en manos de pecadores. Los tres Apóstoles se levantaron y volviéron con Jesus adonde estaban los demas discípulos.

*Prendimiento de Jesus.*

Despues que el aleve Judas concertó con los Sacerdotes judíos el precio de su traicion, fué á espiar la hora en que Jesus se retiraria aquella noche á orar al huerto para sorprenderle; y cuando le vió subir al monte, volvió á casa del Pontífice para guiar la tropa destinada á hacer el prendimiento. Un Capitan con su

compañía, y algunos alguaciles, armados con palos que les habian dado los magistrados judíos, fueron conducidos por el Iscariotes al huerto de Getsemani en la oscuridad de la noche. El traidor conocia muy bien el lugar, habiendo acompañado á su Maestro las noches anteriores; y para que los soldados no equivocaran la persona, siendo Jesus desconocido á ellos, les habia dado por señal que agarraran á aquel á quien el besara. El Salvador estaba diciendo á sus Apóstoles: Levantaos, ya está aquí cerca el que me ha de entregar, cuando el apóstata, á la luz de una linterna se acercó á Jesus, diciéndole: Dios te guarde, Maestro, y entónces le besó. El Salvador le dijo con voz amorosa: Amigo, ¿á qué has venido? con un beso entregas al Hijo del hombre? La tropa, que habia estado aguardando la señal del falso ósculo, avanzó ahora, lo cual visto por Jesus se adelantó hácia ellos, y preguntó: ¿A quién buscais? A Jesus nazareno, respondieron. Jesus les dijo: yo soy. Esta palabra de Jesus llenó de espanto al Oficial y sus soldados; y como si hubiera sido una voz del cielo, retrocedieron llenos de terror y cayéron en tierra. Cuando volviéron en sí, les preguntó Jesus segunda vez. ¿A quién buscais? A Jesus nazareno, volviéron á decir. Ya os he dicho que yo soy, repitió Jesus: y pues si á mí me buscais, dejad ir en paz á estos que me acompañan. Pedro estaba al lado de su amado Maestro, atónito con lo que veia, cuando un criado del sumo Sacerdote, llamado Malco, se adelantó atrevidamente, y estendió su mano sacrilega para agarrar á Jesus. Irritado el fiel dis-

cípulo con esta insolencia, sacó una espada que tenia guardada y la descargó sobre el atrevido, pero solo le cortó la oreja derecha. Esta no era la defensa que Jesus requería de sus discípulos, y así dijo: Pedro, mete tu espada en la vaina, porque quien á cuchillo mata, á cuchillo morirá. ¿Piensas acaso que no puedo rogar á mi Padre, que ahora me enviara mas de doce legiones de Angeles? cómo pues, se han de cumplir las Escrituras que dicen, conviene que se haga así? no he de beber el cáliz que mi Padre me dió? Queriendo Jesus evitar hasta la menor causa de acusacion á sus enemigos, tocó la oreja herida del criado y quedó sana. Entónces dijo Jesus á los ministros de los Judíos: ¿Con espadas y palos habeis salido á prenderme como á un ladrón? cuando estaba todos los días con vosotros en el templo no me echásteis mano, pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Los discípulos á este tiempo desampararon á Jesus y huyéron; los soldados y alguaciles prendieron á Jesus, le atáron y llevaron ignominiosamente por la ciudad á casa de Anas, suegro de Caifas, quien le hizo muchas preguntas sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesus le respondió: Yo hablé públicamente al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo donde concurren todos los Judfos, y nunca he predicado en oculto. ¿Porqué pues me preguntas? Infórmate de aquellos mismos que oyéron lo que les he hablado; ellos saben muy bien lo que he enseñado. A este tiempo, uno de los oficiales de Anas, mas deseoso de congraciarse con el Pontífice que ofendido de las

palabras de Jesus , levantó la mano y le dió una bofetada , diciendo : ¿Así respondes al Pontífice? El paciente Jesus le respondió blandamente : Si he hablado mal , muéstrame en qué ; y si he hablado bien , porqué me hieres? Habiendo oido Anas la respuesta de Jesus , mandó llevarle al palacio de Caifas , Sumo Sacerdote aquel año , adonde se habian juntado los Príncipes de los Sacerdotes , Escribas y magistrados para aguardar la vuelta de Juda con la tropa y el resultado de su traicion. Nuestro divino Redentor fué ahora conducido ante este inicuo tribunal que habia ya resuelto hacerle perecer : muy contentos por tener ya en su poder á Jesus , conviniéron en citar muchos testigos , y sobornarlos con dinero para que depusieran algunos testimonios contra él , y proceder con alguna apariencia de justicia. Tomada esta resolucion se retiráron á dormir por ser ya media noche , convenidos en juntarse otra vez al amanecer ; dejando á Jesus en el patio del palacio , puesto en custodia de la vil canalla que le habia traído del huerto de Getsemani.

*Jesus en casa de Caifas.*

Pedro habia seguido á su divino Maestro sin perderle de vista , y cuando le lleváron al palacio de Caifas , se halló muy afligido porque la guardia no le dejaba entrar. Otro discípulo de Jesus que era conocido del Pontífice entró sin dificultad , y acordándose que Pedro estaba fuera , habló á la guardia , y esta abrió la puerta para que entrase. Una criada del Pontífice le

vió al entrar , y no pudiendo contener su curiosidad , le preguntó : ¿Eres tú tambien discípulo de ese hombre? Pedro le respondió : No lo soy , y entró en el atrio. Hacia mucho frio aquella noche , y los ministros y criados de Caifas se estaban calentando á la lumbre ; Pedro se acercó tambien al fuego , disimulando cuanto podia para no ser conocido. Otra criada de la casa pasó por el atrio junto á Pedro , y mas impertinente que la primera , fijó los ojos en él , y dijo á la guardia que custodiaba á Jesus : Este tambien es discípulo de Jesus el Galileo. Incomodado Pedro con esta criada habladora , le respondió con mucho enojo : Muger no sé lo que dices , yo no conozco á tal hombre. No habia pasado una hora , cuando uno de los satélites que habian ido á prender á Jesus , y que estaba junto á Malco cuando Pedro le dió la cuchillada , mirándole le reconoció , y aseguraba que aquel hombre era uno de los que estaban con Jesus en el huerto ; y otros le apoyaban diciendo que su acento galileo le descubria. Pedro , aunque confundido al ver tantos testimonios contra él , resolvió negar , y comenzó á jurar y protestar que no conocia á tal hombre. A este tiempo un gallo cantó bastante alto para ser oido de todos : Jesus volvió la cara , miró á Pedro , y le hizo recordar la palabra que le habia dicho pocas horas ántes : No cantará hoy el gallo ántes que hayas negado tres veces que me conoces. Un rayo del cielo no hubiera hecho mas impresion en el corazon de Pedro , que la mirada de su amado Maestro y la recoleccion de su dicho : corrido de vergüenza y lleno de remor-

dimiento, salió del atrio del palacio, se ocultó de la gente, y lloró amargamente. Entre tanto los soldados inhumanos y la furiosa canalla de los Judíos insultaban y atormentaban al inocente Jesús: unos le escupían á la cara, otros le daban pescozones; estos le cubrían el rostro, mientras que aquellos mas sacrilegos dándole bofetadas, le decían: Profetiza, Cristo, dinos, ¿Quién te hirió ahora? Tal fué el horrendo tratamiento que el Hijo de Dios sufrió, sin abrir su boca, por todo el resto de aquella noche.

Luego que amaneció se juntaron los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas, los magistrados y todos los jueces que componían el Sanedrín, para juzgar y condenar á Jesús. Todos los testigos falsos que los agentes del Pontífice pudieron hallar en la noche, fueron introducidos en la sala; luego trajeron á Jesús y principió la acusación. Muchos testigos fueron examinados, y aunque todos eran testigos falsos, fueron tan contradictorias sus declaraciones, que ni la iniquidad de aquellos jueces podía recibirlas como suficientes. Al fin se presentaron dos testigos, y conviniéron en declarar que Jesús había dicho: Yo puedo destruir este templo de Dios, y después de tres días reedificarle. Esta maliciosa perversion de las palabras que en otra ocasión había dicho Jesús en el templo, fué admitida como acusación. Caifas dijo á Jesús: ¿Qué respondes á lo que estos deponen contra tí? Jesús no respondió ni una palabra. Caifas se levantó entonces de su asiento y dijo en alta voz: Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios.

Jesús respondió: Si te digo que sí, no me has de creer; y si yo te pregunto, ni me has de responder, ni me has de soltar; mas yo os declaro, que después veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios. ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? dijeron todos. Yo soy, respondió Jesús, y vosotros lo decís así. El Sumo Sacerdote rasgando sus vestidos, exclamó: Para qué aguardamos mas testigos; vosotros habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Todos gritaron: Es reo de muerte. Y al instante pasaron la sentencia capital, dando orden de conducir á Jesús atado, y entregarle al tribunal de Poncio Pilato, Gobernador romano de la provincia de Judea.

*Jesús en el pretorio de Pilato.*

El Hijo de Dios, maniatado como un facineroso, fué conducido desde la casa de Caifas al pretorio del presidente romano, á cuya puerta aguardaban los Sacerdotes y Escribas para acusarle. Los Judíos durante los días de Pascua no podían entrar en casa de los Gentiles, sin contraer una inmundicia legal que les impediría cumplir con los sacrificios pacíficos prescritos en la Ley de Moisés; y la política liberal de los Romanos obligaba á todos los Gobernadores en el Imperio á dejar las naciones sujetas á Roma en el libre ejercicio de su religión, y no molestar á súbdito alguno en la observancia de sus ritos. Por esta razón salió Pilato á la puerta de su palacio, y preguntó: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Los Sacerdotes respondieron en términos generales: Si este hombre

no fuera malhechor, no le traeríamos á tu tribunal. Pilato siendo hombre humano y despreocupado desechó una acusacion tan vaga é indeterminada, y despidiéndolos, les dijo : Tomadle vosotros y juzgadle segun vuestra Ley : sabiendo que los Judíos no podian imponer penas corporales. Por esto replicaron los Sacerdotes : Las leyes romanas no nos permiten sentenciar á nadie á muerte; y este hombre és reo de muerte, porque pervierte la nacion enseñando que no se debe pagar tributo al César, y diciendo que él es Rey de los Judíos. Cuando Pilato oyó que le acusaban de delitos contra la Magestad del César, no pudo escusarse de examinar á Jesus; entónces entró en el tribunal, llamó á Jesus y le preguntó : ¿Eres tú Rey de los Judíos? Jesus le respondió : ¿Dices esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí? Pilato dijo : ¿Acaso soy yo Judío? Los de tu nacion, y los Pontífices te entregaron en mis manos, ¿qué has hecho? Jesus le respondió : Mi reino no es de este mundo; pues si fuera, mis gentes pelearian ciertamenté por mí para que no fuese entregado á los Judíos; mas ahora mi reino no es de aquí. ¿Luego tú eres Rey? dijo Pilato. Jesus le respondió : Tú lo dices que yo soy Rey. Para esto nací, para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es amante de la verdad oye mi voz. ¿Qué cosa es verdad? le preguntó Pilato : y Jesus no le respondió. ¿De dónde eres? preguntó otra vez Pilato; y como Jesus no respondia, le dijo : ¿Porqué no me respondes? no sabes que tengo potestad tanto para crucificarte como para

soltarte? Jesus le dijo : Ningun poder tendrias sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por esto, el que me entregó á tí, tiene mayor pecado.

No es extraño que Pilato siendo Gentil no entendiese el sentido misterioso de las palabras de Jesus; cuando los Sacerdotes que conocian las Escrituras, y que debian haber leído en los Profetas todas las circunstancias que ahora se verificaban en la persona de Jesus, estaban ciegos. Pilato estaba admirado de ver la constancia, dignidad y mansedumbre de Jesus, y no podia persuadirse que fuera delincuente. Una persona, mandada por su muger, entró á este tiempo en el tribunal y dijo al Presidente en secreto : Tu muger dice : No te metas en la causa de ese justo, no condenes á ese inocente, porque su Dios nos amenaza si le sentencias á morir; he padecido mucho con este sueño. Pilato se levantó de su silla, salió á la puerta y declaró al pueblo, que no hallaba en Jesus causa alguna para condenarle. Los Judíos, aprendieron que el Presidente iba á poner en libertad á Jesus, y amotinándose principiaron á gritar : Es reo; ese hombre subleva al pueblo con la doctrina que enseña por toda la Judea, desde Galilea donde comenzó, hasta Jerusalem. Cuando Pilato oyó el nombre de Galilea preguntó si Jesus era Galileo, y habiéndole dicho que sí, halló un medio para evadir la causa de Jesus. Herodes era Tetrarca de Galilea por el gobierno de Roma, con autoridad casi soberana en aquella provincia; y con motivo de la fiesta de Pascua habia venido á Jerusalem. Pilato se valió del pretesto de ser Jesus de la ju-

risdicion de Herodes, y le remitió al Tetrarca para que entendiera en su causa. Herodes se alegró mucho de ver á Jesus, porque la fama de sus milagros se habia estendido por toda la tierra de Israel; y habiéndose esparcido la voz de que Jesus era el Bautista que habia resucitado, deseaba asegurarse con sus propios ojos, si era el mismo á quien él habia hecho degollar; ó si era otro, esperaba verle hacer algun milagro en su presencia. Herodes le hizo varias preguntas impertinentes, mas Jesus no respondió á ninguna. Los Sacerdotes y Escribas frecuentaban la casa de Herodes porque era Príncipe judío, y cuando supieron la determinacion de Pilato, se adelantaron á ver al Tetrarca para acusar á Jesus de querer usurpar el reino de David, de predicar contra las tradiciones de sus padres, y otras calumnias á fin de irritarle contra él. Herodes y los otros Judíos de su comitiva miraron á Jesus con desprecio, y por mofa le mandó poner un vestido blanco muy pomposo, y que le volvieran en procesion á casa de Pilato.

Viendo Pilato que Herodes no habia juzgado á Jesus, llamó á los Príncipes de los Sacerdotes, á los magistrados, y les dijo delante de todo el pueblo: Vosotros me habeis presentado á este hombre como alborotador del pueblo; yo le he interrogado, le he examinado, y no hallé en él delito alguno de cuantos le acusais. Despues le envié á Herodes para que, como Tetrarca de Galilea, le juzgase y le ha hecho volver sin hallar en él causa alguna que le haga digno de muerte. Yo le soltaré despues de haberle castigado.

Cuando los Judíos oyeron que Pilato intentaba soltar á Jesus, gritaron desde la calle, diciéndole: Si sueltas á ese hombre, no eres amigo del César. Pilato, imaginaba todos los medios posibles para libertar á Jesus, sin esponerse á que toda la nacion de los Judíos le acusara en la corte de Roma. Era costumbre en Jerusalem libertar cada año en los dias de Pascua á un preso, y el Presidente quiso valerse de esta ocasion para soltar á Jesus y quitar á los Judíos toda razon de quejarse. Habia á la sazón en la cárcel un criminal, preso por una muerte, que habia hecho en una sedicion, y acercándose la hora en que el pueblo habia de venir á la puerta del pretorio á pedir la acostumbrada libertad del preso pascual, imaginó el Presidente sorprender al pueblo con el mayor contraste que se podia presentar entre hombre y hombre. Barrabas, el mas ruin y odioso de todos los reos entonces en prision fué puesto en competencia con el Hijo de Dios para la caprichosa eleccion de un populacho despreciable. Pilato salió al balcón del pretorio, y dijo al pueblo: ¿Cuál de los dos quereis que os suelte? Suelta á Barrabas, y muera ese hombre. El Presidente romano no conocia el carácter de la infatuada nacion que gobernaba, y quedó pasmado al ver preferir la libertad de un vil homicida á la del inocente Jesus. En vano se esforzaba en probar la inocencia del uno y esponer el crimen del otro; el pueblo enfurecido clamaba: Suelta á Barrabas. ¿Qué haré de Jesus que se llama Cristo? les decia Pilato. Sea crucificado, respondieron los Judíos. Pues, ¿qué mal ós ha hecho

este hombre? y el pueblo gritaba sin cesar : Crucifícale, crucifícale. Pilato no sabía que hacerse : por una parte pensaba que podia libertar á Jesus y defenderle con sus guardias ; y por otra parte consideraba, que Jerusalem estaba llena de Judíos de todas las provincias , venidos á celebrar la Pascua, y que si los Sacerdotes excitaban al pueblo , podrian causar una sedicion que él no fuese capaz de reprimir con todas sus tropas ; no ignorando como astuto político que las consecuencias serian fatales para él en la corte del César. En esta duda resolvió soltar al criminal , y sacrificar la vida del inocente. Pilato mandó azotar á Jesus ántes de entregarle á la furia de los Judíos , siguiendo la ley que mandaba azotar á los que habian de ser crucificados , ántes de ser llevados al suplicio.

El Hijo de Dios fué entregado á los verdugos , y conducido á la sala de los tormentos adonde le azotaron desapiadadamente, hasta desmayarse varias veces su humanidad sagrada. A este sangriento castigo añadieron todos los insultos que pudo sugerir la insensible inhumanidad de aquellos ejecutores de la injusticia. Le pusieron una corona de agudas espinas que le taladraban las sienes ; una caña en la mano derecha , ridiculo emblema del cetro ; y doblando la rodilla en derision como á un Rey de burla , le escarnecian diciendo : Dios te salve, Rey de los Judíos. Ya le escupian al rostro , ya le daban bofetadas, ya le quitaban la caña de la mano y le daban con ella golpes en la cabeza ; no omitieron acción alguna con que podian mofarse del descendido del cielo para salvar á los

hombres. Pilato , entre tanto , agitado con la interior lucha del remordimiento de su conciencia, de la compasion de su corazon , y del temor que le inspiraban los amotinados Judíos , pensó , que habiendo soltado á Barrabas , y mostrando ahora al pueblo el sangriento espectáculo de Jesus , excitaria á compasion aquella bárbara plebe. Con este fin mandó traer á Jesus á su presencia ; y cubriéndole las espaldas con un manto de púrpura , le sacó al balcon del pretorio y dijo al pueblo : Ved aquí al hombre, ved aquí á vuestro Rey. Los Judíos clamaron : No tenemos otro Rey que el César : Crucifícale, crucifícale. Pilato les reconvinó otra vez la inocencia de Jesus , y el pueblo pidió otra vez su muerte. Viendo ya imposible aplacar á los Judíos sino con el sacrificio de Jesus , y no teniendo firmeza para defenderle , le ocurrió un medio , que á su parecer borraría toda su culpa en la comision de la mas manifesta injusticia. Pilato habia oido , que en la Ley de Moises estaba mandado lavarse las manos , junto al cadáver de algun hombre hallado muerto y cuyo matador se ignorase , en justificacion de la inocencia de aquella muerte ; y queriendo ahora justificarse de la injusticia de su sentencia , mandó traer una palanquilla , un jarro con agua , y se lavó las manos á vista de todo el pueblo , diciendo : Yo soy inocente de la sangre de este justo ; vosotros seréis responsables. El obcecado pueblo respondió : Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Pilato entónces mandó quitar el manto á Jesus , y poniéndole la ropa que

tenia ántes, le entregó á los Judíos para que le crucificasen.

Esta fué la conclusion del juicio mas inicuo que jamas se formó contra un inocente acusado. Los frenéticos Judíos, sordos á la palabra de su Dios, incrédulos á los anuncios de sus Profetas, ciegos á las pruebas de la verdad, insensibles al testimonio de sus sentidos; y arrebatados del mas injusto odio, arrastran la inocente víctima y la llevan al pretorio pidiendo su sacrificio; y el Gobernador Romano abre su tribunal, oye la deposicion, conoce la calumnia, descubre la conspiracion, y no absuelve al inocente acusado por temor á los acusadores. El pueblo pide furioso la muerte de aquel hombre que ha curado á sus enfermos, les ha predicado el reino del cielo, les ha abierto el camino de la salvacion, y ha derramado lágrimas por la ceguedad y dureza de los hijos de Israel; y Pilato, convencido de la inocencia del acusado, admirado de su mansedumbre, amonestado por su muger, amenazado por Dios, y sabedor de la injusticia, satisface el deseo execrable del ingrato pueblo. Los Sacerdotes y magistrados de Jerusalem, devorados por el odio y venganza contra Jesus, no tienen poder sobre la persona del Cristo y acuden al Presidente de Judea; y Pilato, el único que tiene la potestad de libertar ó condenar, contra su conciencia y contra su corazon, manda crucificar á Jesus. El pecado de aquellos en perseguir al Hijo de Dios era un pecado de la mas perversa malicia; y el pecado de Pilato en condenar al Justo fué un pecado de la

mas atroz injusticia. Así cooperaron, casi en igual grado, el poder del Gentil y la malicia de Israel para consumir el horrendo Deicidio. Pilato dió la sentencia, Pilato crucificó al Cristo; los Judíos no diéron sentencia, y con todo, los Judíos crucificaron al Hijo de Dios. Estos, en el juicio de su iniquidad y con la espada de su lengua; aquel, en el tribunal de su jurisdiccion y con las picas de sus soldados. Los unos clamando: Crucificalo; y el otro mandando que sea crucificado.

El pérfido Judas, agitado con los remordimientos de su conciencia, confundido con las consecuencias de su traicion, habia observado toda la escena en el atrio de Caifas, y en el pretorio de Pilato; la malicia de los Sacerdotes judíos, y la debilidad del Presidente Romano; el furor implacable del pueblo, y la violencia cruel de los soldados; y viendo ahora á su inocente Maestro entregado á una muerte inevitable, se llenó de arrepentimiento pero infructuoso. Abandonado ahora de Satanas, conoció el crimen de su perfidia en toda su estension, y aunque ya tarde para remediar el mal, quiso confirmar la inocencia de Jesus con una pública confesion de su culpa. Impelido de su primer movimiento, corre al consejo del Pontífice y magistrados judíos, y vuelve las treinta monedas de plata que habia recibido por su prodicion, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente. ¿Qué nos importa á nosotros? porqué no miraste ántes lo que hacias? Oprimido ahora el aleve con el peso de su maldad abominable, entró en desesperacion, tiró

Las treinta monedas en el templo, y fué precipitadamente á poner un fin merecido á su vida miserable ahorcándose de un árbol. Los Sacerdotes hicieron recoger aquel dinero, y juzgándole muy vil para ponerle en el arca de las limosnas, compraron con él un pedazo de terreno perteneciente á un alfarero, y le destinaron para cementerio de los infieles que muriesen en Jerusalem. Siendo este dinero precio de traicion y asesinato, llamaron con propiedad al cementerio, *Haceldama*, palabra que en su lengua significa, Campo de sangre. En esto se cumplió literalmente lo que habia predicho el Profeta Zacarias quinientos años ántes: « Tomaron los treinta siclos de plata, precio en que fué apreciado aquel á quien los hijos de Israel pusieron en precio: los echaron en la casa del Señor, y los diéron por el campo de un alfarero. »

*La Crucifixion de Jesus.*

Burlado Pilato en todas sus medidas irresolutas, deshechas sus frívolas evasiones, vencida su pusilanimidad por la obstinacion de los Judíos, y obtenida la sentencia final de la muerte de Jesus, empezaron á ponerla en ejecucion. Ya habian preparado una cruz, el instrumento ignominioso usado entre ellos para castigo, y poniéndola sobre los hombros del Salvador, le conducian al monte Calvario que era el lugar destinado en Jerusalem para crucificar á los malhechores. Jesus caminó lentamente desde el pretorio hasta la puerta de la ciudad, cargado con la cruz de nuestras

iniquidades; pero desfalleciendo en el camino por la falta de alimento, debilitado con la pérdida de sangre no podia proseguir con el pesado madero, á pesar de los golpes que los inhumanos verdugos le daban para hacerle caminar. A este tiempo pasaba por allí un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia del campo á la ciudad, y los ministros encargados de la ejecucion le detuvieron y obligaron á llevar la cruz hasta lo alto del monte; no porque fuesen movidos de compasion, sino por temor de que muriese Jesus en el camino, y quedasen privados del espectáculo que tanto habian solicitado. Grande multitud de personas seguian á Jesus por la cuesta del monte, pero animados por distintos sentimientos: unos llevados de curiosidad, otros contentos con el triunfo de su venganza, mientras que otras personas piadosas estaban traspasadas de dolor viendo padecer al justo. Algunas mugeres devotas caminaban muy cerca de Jesus mostrando su compasion en su llanto, y oyendo el Redentor sus sollozos, se volvió á ellas y les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por vosotras y vuestros hijos; porque vendrá el tiempo en que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron. Entonces dirán á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos, porque si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?

Al fin llegó el inocente Jesus á la cima del monte, donde habia de ofrecer á su eterno Padre el cruento sacrificio de su humanidad por la redencion del man-

do, y le sentaron sobre una piedra mientras preparaban la cruz. Era cerca de las doce, y creyendo que estaria sediento, le dieron á beber vino mezclado con hiel; pero habiéndole gustado, no le quiso beber. Los verdugos despojaron á Jesus de sus vestiduras, le estendieron sobre el madero, le clavaron los pies y las manos, y enarbolando la cruz, espusieron á vista de todos el cuerpo del Salvador suspendido de los clavos que le sujetaban. ¡O gloria inefable de la Pasion! o poder maravilloso de la Cruz! o virtud saludable de la exaltacion! Pocos dias ántes habia dicho el Salvador á sus discipulos: «Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo;» anunciándoles con estas palabras la muerte de que habia de morir, y el beneficio que de ella habia de resultar al mundo. Ahora fué alzado de la tierra, y estendidos sus brazos, en la claridad del medio dia, á un pueblo incrédulo y enemigo, les perdona su ignorancia y dureza, los exhorta á penitencia y les ofrece salvacion. Alzado ahora de la tierra abre el juicio del mundo, lanza fuera al príncipe de las tinieblas, quita el pecado del mundo, sustituye la verdad á la figura, quedan patentes las profecias, el Evangelio suple á la Ley, la luz disipa las tinieblas, se establece el sacramento de la gracia, y el género humano, redimido con la sangre del Hijo, queda reconciliado con el Padre.

Dos ladrones que estaban sentenciados á morir en la cruz, habian sido conducidos al mismo sitio del Calvario; y despues de crucificarlos, los pusieron

uno á la diestra y otro á la siniestra de Jesus, cumpliéndose tambien en esto la profecia de Isaias: «Y fué contado entre los inicuos.» Por orden de Pilato se habia clavado en la cruz, sobre la cabeza de Jesus, un rótulo escrito en hebreo, griego, y latin, para declarar la causa de su muerte: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS. Cuando los Sacerdotes leyeron las palabras de la inscripcion, fueron á casa del Presidente y le dijeron: Quita aquel rótulo de la cruz, ó manda escribir, que él dijo: Soy Rey de los Judios: mas Pilato, triste y disgustado con todo el proceder de aquel dia, los despidió con aspereza diciendo: Lo que he escrito, he escrito. Era costumbre entre los Romanos como en otras naciones, que los vestidos de los ajusticiados pertenecian á los verdugos; y habiendo concluido la crucifixion de Jesus, se sentaron al pie de la cruz, y repartieron entre sí los vestidos. La túnica era tejida en una pieza sin costura alguna, y para no inutilizarla rasgándola, conviniéron en echar suertes, para que se la llevara entera el afortunado: cumpliéndose tambien en esto lo que David habia profetizado de Jesus: «Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suertes.»

El endurecido pueblo de Israel miraba atentamente el doloroso espectáculo de Jesus crucificado por su furor, sin la mas mínima señal de compuncion: los Magistrados y Ancianos, sin miramiento á su oficio ni á su edad, pasaban por delante de la cruz, y mofándose de Jesus en sus tormentos, le insultaban diciendo: Vah, tú que destruyes el templo de Dios, y